

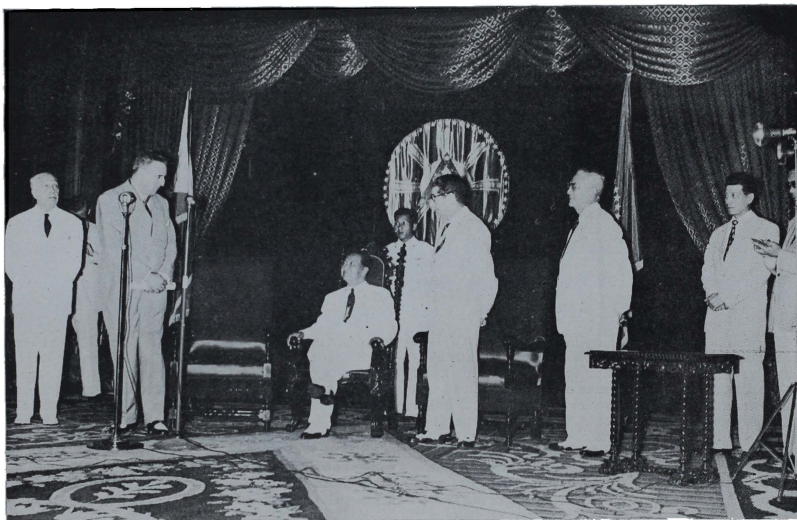
Invitados por el Sr. D. José Yulo, Consejero de Estado y dirigente de la Comisión Filipina que recibe la ayuda económica de los Estados Unidos (PHILCUSA) y una de los más prestigiosos economistas del país, el Sr. Ministro y acompañantes visitaron la finca de Canlubang (Provincia de Laguna) propiedad de dicho Sr., soberbia explotación agropecuaria de tipo modelo, donde junto a los cultivos y explotación ganaderas se encuentra una importante Central Azucarera y un pueblo moderno que es un ejemplo de política social. El Sr. Martín Artajo visitó detenidamente todas las instalaciones felicitando al Sr. Yulo. Nota típica de la jornada fué que los visitantes fueron requeri-

dos amablemente para que vistieran trajes típicos filipinos, lo que fué marco adecuado para unas danzas folklóricas que pusieron fin a la visita.

Regresando a Manila á las 6 de la tarde, el Sr. Martín Artajo tuvo una entrevista con el Nuncio de Su Santidad en la residencia de este.

Por la noche el Secretario Elizalde invitó a los Sres. de Martín Artajo a una comida íntima en su residencia particular. Asistieron los miembros de la Misión, Embajada de España y un grupo muy reducido de políticos y amigos del Secretario, resultando una velada muy agradable.

La Jornada del día 8



El discurso de gracias del Ministro de Asuntos Exteriores.

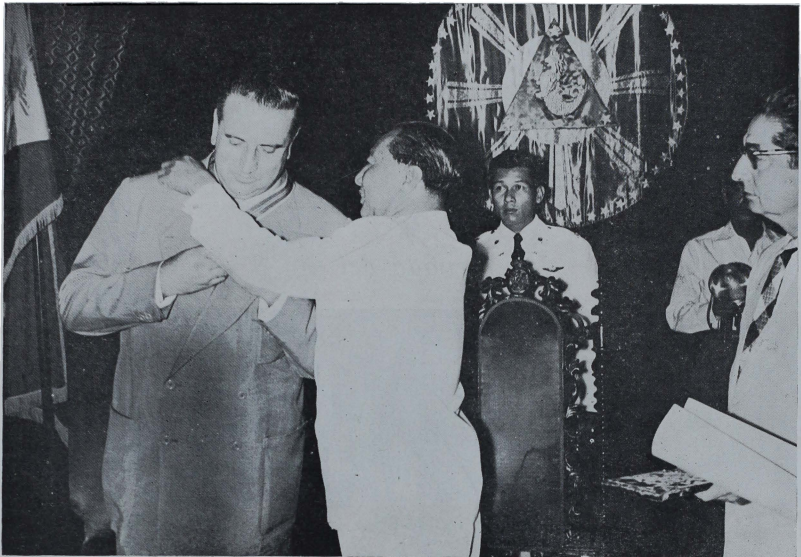
Después de oír la Misa en la Iglesia de San Agustín y visitar el casi cuadricentenario hospital de San Juan de Dios, tuvo lugar un almuerzo en la Residencia del Embajador de España, en el que fueron invitados por el Sr. Ministro los Secretarios de Asuntos Exteriores, Justicia e Interino de Defensa Nacional, Comercio y Obras Públicas, Sres. Elizalde, Castelo, Balmaceda y de Lorenzo, entre otras personalidades.

A las 6:30 de la tarde tuvo lugar en el Palacio de Malacañan el Acto de entrega del Lakan de la Orden de Sikatuna, condecoración filipina de reciente creación concedida en ésta ocasión por vez primera.

En presencia del Presidente de la República, Gobierno y Cuerpo Diplomático, el Embajador de Filipi-

nas en España Sr. Morán leyó el Decreto de concesión, firmado por el Presidente Quirino. Seguidamente el Secretario Elizalde hizo entrega de las insignias al Presidente, quien las impuso al Ministro de España.

Acallados los aplausos, el Sr. Martín Artajo inició su discurso manifestando que de todas las atenciones que se han tenido con su persona, quizá la de más valor, por su marcado simbolismo, sea el hecho de condecorar a un Representante de España con ésta condecoración creada para quienes promueven el mejoramiento en las relaciones internacionales y tratan de estimular las buenas relaciones en la política exterior. Siguió diciendo el Sr. Ministro que es una condecoración de Estado á Estado y la entrega Filipina y la recibe España. "Por suerte para nosotros los es-



El Presidente Quirino impone el Lakan al Sr. Martín Artajo.

pañoles, cuando la Nación Filipina busca para su más alta Orden Civil un suceso que exprese simbólicamente una política de entendimiento internacional, halla en un episodio relatado en memoriales y crónicas españolas el más representativo, el más profundo, aquel en el que por ser protagonista filipinos y españoles, mejor expresa aquel deseo de convivencia, y el mejor define lo que fue la base constitutiva de la Nación Filipina, felizmente plasmada a mediados del siglo actual. Todos sabéis como ocurrió el episodio que esta condecoración rememora. España ha sabido mandar a todo el mundo y en todo tiempo a gentes de aliento y empresa. Cuando la Corona envió a estas aguas al adelantado Legazpi, pudo decir, parodiando el dicho: "Guipuzcoano es el hombre que te mando: corte en palabras, pero en obras largo." Con palabras parcias, como buen vasco, con mucha sobriedad de castellano y con muchos títulos de valor y experiencia política, aparece por estas aguas hace trescientos ochenta y ocho años el buen escribano Legazpi. En su propio relato, ordenado y minucioso, nos dice cómo en una isla del Sur encontró a la gente revuelta porque otros pueblos habían cometido fechorías allí. El adelantado Legazpi, por medio de intérpretes, hizo comunicar a los sublevados que vinieran a él algunos de los principales y que aseguraba que no les sería hecho daño alguno. Todo sería buen tratamiento. Este mensaje es llevado al principal, llamado Sikatuna, cuya presencia se requiere a bordo de las naves; pero las perturbaciones interiores han hecho a Sikatuna receloso, y exige que sean los castellanos los que desembarquen. Le-

gazpi envía como embajadores a su piloto y al soldado llamado Santiago, también un nombre de feliz simbolismo. Sikatuna los acoge hidalgamente, agasaja a los mensajeros y, con perfecta idea de las categorías y protocolo, no hace el pacto de sangre con el soldado, sino que ordenado haga su hijo por él. En días sucesivos prosigue el acercamiento diplomático entre el adelantado de Castilla y el jefe guerrero. Cuando, finalmente, Sikatuna acude a la nave de Legazpi, dice que "quería sangrarse con el general, porque así sellaría su verdadera amistad", lo cual se hizo sacándose de los pechos cada uno dos gotas de sangre, que revolviéron con el vino en una taza de plata y, después de dividirlo en dos tazas, tanto el uno como el otro, y ambos a la par, bebieron cada uno su mitad de aquella sangre y vino. "lo cual fecho mostró el principal gran contento y mandó al general se trujese allí de comer conservas y vino de Castilla, el cual no les sabe mal".

Nos dice la Historia que ambos, después de la comida, hablaron de negocios. El español venía a "contratar por todas estas islas y traía para ello muchas cosas de rescate". No venía en son de guerra, ni despojo, ni había violencia alguna. Sólo existía un propósito de intercambio y, sobre todo, un ofrecimiento de amistad. Y por ello dijo Legazpi a Sikatuna que, "si tuviera necesidad de su favor y ayuda, se lo daría con toda voluntad, como vería, y, pues ya eran amigos, le rogaba que viniesen los naturales de la isla a contratar". Los castellanos querían carne, después de dura navegación, y ofrecían mercadería diversa. Con su

magnífica precisión, Legazpi nos dice que obsequió a Sikatuna con cuatro varas de tejidos, un espejo, cuchillos, tijeras y bisuterías. No se estableció entonces intercambio alguno, pero esa misma noche los isleños trajeron a las naves pescados para cambiarlos por objetos que apetecían tener. También se cortó madera para reparar la carpintería de las naves. La relación comercial hispano-filipina rubricó el pacto de sangre del guerrero oriental y del adelantado de Castilla.

Cuando, tres siglos más tarde, el más grande pintor filipino realiza su trabajo de becarío en España, escoge agudamente como tema este episodio del pacto para llevarlo al lienzo como el más representativo de la llegada de los españoles a las islas del mar de Oriente. En el palacio de Malacañan, en lugar de honor, vemos inmortalizado este testimonio de eterna amistad entre nuestros dos pueblos. Sería de desear que una copia del mismo figuraba en el gran Museo de América que estamos formando en Madrid, como el más representativo episodio y de más acabado simbolismo. El episodio simboliza un momento de aurora en la historia de los pueblos, y de él se derivan los vínculos políticos, culturales y comerciales, y, por encima de toda otra consideración, los vínculos de la religión y de la sangre. Por eso, cuando casi cuatrocientos años después del suceso el Gobierno de Filipinas crea su más alta condecoración civil bajo el signo de

Sikatuna, el Ministro de España la recibe con la profunda emoción de sentirse continuador—aunque modesto—de la Historia que fué, y en nombre del Caudillo Franco y de todos los españoles le reciba con emoción.

La Historia crea raíces, que si se destruyen, matan al que las suprime, y el castigo es la despersonalización de los individuos y de los pueblos. El pacto de sangre de entonces se renovó constantemente durante cuatro siglos en las mil formas posibles, desde el casamiento a la muerte. Esa tradición se mantuvo hasta hoy mismo, pues recientemente sufrieron tanto españoles como filipinos el dolor de la misma tragedia.

Dios quiera que perpetuamente se mantenga, y glosando la frase de "llevaros mi corazón, que mi corazón os llevo", diré que dejo aquí mi corazón, porque el de Filipinas me llevo".

El discurso del Sr. Martín Artajo, interrumpido en numerosas ocasiones por prolongados aplausos, fué acogido al final por una ovación cerrada, mientras el Presidente de la República filipina, Sr. Quirino, y el Ministro español se abrazaban.

A última hora de la tarde los Sres. Martín Artajo fueron obsequiados con una cena seguida de baile en la residencia de los Sres. de Lovina.



En la recepción de los Sres. de Lovina. Sr. Lovina, Sra. de Martín Artajo, Sr. Presidente de la República, Sra. de Lovina, Sr. Martín Artajo y Sra. de Morán.